



Por qué Marx tenía razón
Terry Eagleton
Península, 2011

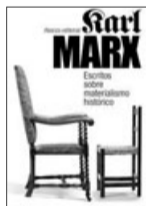
fuese a ser perfecta, pero sí que iba a desaparecer en ella la explotación de unos hombres por otros. Así como habría renegado horrorizado del estalinismo y el maoísmo. Pensaba, en cambio, que no era la historia la que hacía a los hombres, sino los hombres los que construían la historia. Su materialismo era perfectamente compatible con las convicciones morales y espirituales. Concebía el socialismo como una profundización de la democracia (aunque no considerase la democracia representativa como verdadera democracia) y su concepción revolucionaria no tenía por qué ser necesariamente violenta ni se oponía a la reforma social. Su ideal no era el de una sociedad uniforme, sino diversificada, en la que cada hombre pudiese expresar su personalidad individualizada, y fue, sin duda, un pensador muy avanzado para su época en las cuestiones del pacifismo, el feminismo y la ecología...

Sin duda, para un marxista convencido y consecuente como Terry Eagleton, Marx es hoy más que nunca un clásico cuya lectura nos puede seguir aportando importantes indicaciones y explicaciones sobre nuestro presente y la sociedad que concibió un buen modelo para solucionar muchos de los graves problemas que nos atenazan y nos pueden llevar a la barbarie.

Terry Eagleton.

Escritos sobre materialismo histórico

El interés continuo por la obra de Marx tiene su reflejo en la continua reedición de su obra, tal y como viene haciendo Alianza Editorial. Prueba de ello son estos **Escritos sobre materialismo histórico**, una selección de **César Rendueles**, autor también de la introducción. Sobre estos textos el «materialismo histórico», término que Marx nunca llegó a utilizar.



Escritos sobre materialismo histórico
Karl Marx
Alianza Editorial, 2012

Lecturas

Nuevo retorno de los brujos

Los tristes trucos y las cartas marcadas de Fernando Trías de Bes en Tinta

EDUARDO SAN JOSÉ

Ésta era una novela que no pensaba reseñar. Parte de su mérito consiste en haberme convencido de lo contrario. Aunque no sólo por mi conversión a su innegable embrujo. Lo explico. **Fernando Trías de Bes** (Barcelona, 1967), economista, divulgador y novelista, es sobre todo escritor de ensayos de éxito (sustantivo único compuesto), entre ellos **La buena suerte** (2004, con **Álex Rovira**), su pelotazo editorial, parábola de la suerte personal como cuestión de actitud, donde lo importante no es sino buscarla. Podría reconocerse entre los intelectuales que, revestidos de sano afán de superación y sensibilidad algo «new age», animan a nuestras propias soluciones de éxito; e implícitamente, con ello, reconocen en nosotros mismos la fuente de los males.

Bien, uno puede asentir a la crítica a ciertos inmovilismos quejumbrosos y alinearse con este voluntarismo, pero de ahí a pensar que no existen causas objetivas y externas para nuestro perjuicio, o siquiera a minimizarlas, va lo mismo que de la opinión a la mentira. Porque, sí, parafraseando otro éxito reciente de esta rentable autoayuda, alguien se está llevando tu queso. Y, por si acaso: no es otro ratón. Es algún gato. Cualquiera dirá sin mentir que la clave más habitual de ese concreto triunfo felino es una mezcla de buena suerte y malas artes.

Pero a la novela. Leámosla al trasluz de tales ensayos. 1900: en la ciudad alemana de Maguncia un manso librero se sume en la desesperación de no encontrar respuesta al adulterio desganado de su mujer (¿**Proust** o **Gila**?). Conocerá a un matemático al que asedia el remordimiento de no haber impedido la muerte de su niño. Extrayendo frases repetidas en los libros que el otro posee en su tienda, éste creará encontrar una clave que resume la fuente y solución de sus pesares. Así conciben la idea de un libro maravilloso hecho de esos extractos. Confían el proyecto a un editor, a su vez torturado por el suicidio de su hermano, científico desacreditado. Todos se encomiendan a la Cábala resultante de ese texto, especie de «Aleph» moral, con la

única condición de que tal libro deberá ser efímero y leerse con los ojos del alma antes que con los de la vista. El resultado es un cuento de hadas de indudable seducción, desde el ambiente «Mitteleuropa» hasta sus cómodos personajes planos o la trama de felices coincidencias simbólicas. Una historia talentosa y embrujadora. Y no es un elogio, es un aviso.

O sea, tinta, humo, sombra, nada: no merece la pena el conocimiento, trasegar páginas y páginas, porque la respuesta no estaba ni siquiera en el viento, sino en ti mismo. Acabáramos. Lo extraño es que los críticos que opinan de la obra desde la contracubierta la pongan como un homenaje a los libros, cuando es justo al revés. O así entiendo. Un recurso posmoderno, filosóficamente cínico y un sí es no es neoliberal, al idealismo subjetivo: la realidad no existe, es una proyección de tu mente, simulacro.



Tinta
Fernando Trías de Bes,
Seix Barral, 2012
151 páginas

Uno puede ser economista y escritor de ventas y ser **José Luis Sampedro**; puede crear fábulas redondas y bellas y ser **Pamuk** o **Alessandro Baricco**, modelo descarado de esta **Tinta** a través de la magistral **Seda** (¿hasta cuándo deberá hacerse perdonar su éxito?). Lo que no puede ser jugar con la carta marcada de la desilusión de lectores con bajos niveles de defensas críticas: **Paulo Coelho**, **Jodorowsky**. Aunque sin duda bello, no es literatura, es ilusionismo. Sabíamos de economistas metidos a escritores últimamente, pero creíamos que de novela negra; y con el mérito de haber conseguido, al fin, la vuelta de tuerca más preciada por el género, que es convertir a las víctimas en el culpable. Tristes trucos, con la que está cayendo: tinta china nada menos.

La hija del Rey del País de los Elfos

Lord Dunsany

Traducción de Marian Womack

Alfania

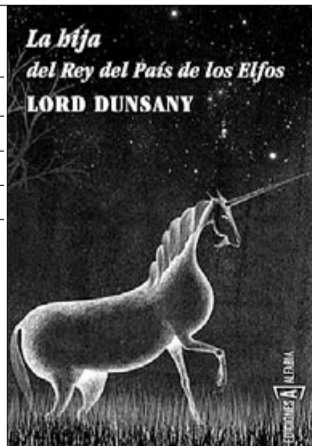
368 páginas. 22 euros

Fantasías célticas de un prosista sobresaliente

No es en absoluto necesario que el XVIII **barón de Dunsany** (1878-1957) haya sido citado como una de sus mayores influencias por **Lovecraft** para que ocupe el preminente lugar que ocupa este irlandés en el panteón de los escritores fantásticos.

Porque, Dunsany, antes que nada, es un gran prosista, dota-

do de una riquísima paleta, plena de matices y dulzuras, que acerca algunos de sus textos breves al puro poema en prosa. Tradiciones populares, relatos épicos del universo celta—como en su amigo **Yates**—y excursiones oníricas son los pilares sobre los que construyó su edificio narrativo el autor de **Cuentos de un soñador**.



La hija del Rey del País de los Elfos (1924), obra maestra del género, narra los agitados amores de Álveric, hijo del rey de los hombres de Erl, y la inmortal Lirazel, obligada a tomar una cruel decisión que condicionará su vida.

Anestesia local

Günter Grass

Prólogo de Patricio Pron

Traducción de Carlos Gerhard

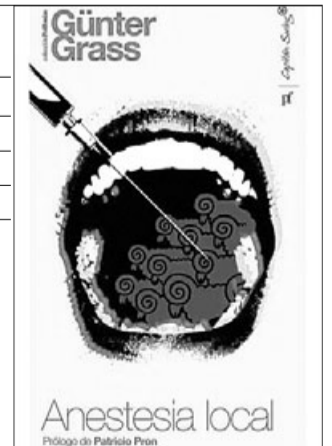
Capitán Swing. 304 páginas. 18,50 euros

Defensa del descontento desde el sillón del dentista

El azar ha vuelto magnífico un momento ya de por sí bueno, porque siempre es saludable recomendar la lectura de un libro de **Grass** (Danzig, 1927). Más ahora que los habituales indocumentados y «sobrecogedores» han lanzado sus dardos contra el autor alemán y han intentado teñir de antisemitismo sus legítimas y pertinentes

críticas a la política nuclear del Estado de Israel. Las heces, en política como en las letrinas, apestan aunque busquen la luz a través de un ano judío.

Anestesia local fue escrita por el Nobel Grass en 1969, justo cuando del magma de las revueltas juveniles surgían los primeros grupos de activistas violentos de ultrazquierda. Un



profesor sentado en el sillón del dentista utiliza la pantalla de televisión con la que pretenden entretenerle para pasar revista a una década convulsa, defender el descontento y alejarse de una violencia que percibe similar a la de los nazis.